Hastapenak

Iñigo López Simón*

El soviet de Vitoria: genealogía y praxis de la forma-consejo en el conflicto de 1976

The soviet of Vitoria: genealogy and praxis of the council-form in the 1976 conflicte

Recibido: 14/04/26
Aceptado: 02/06/26

Resumen

La huelga que tuvo lugar en Vitoria durante los primeros meses de 1976, cuyo desenlace represivo acabó con la vida de cinco trabajadores, fue un laboratorio político para el asamblearismo y la lucha de clases. Frente a los enlaces de fábrica, la clase obrera vitoriana puso en práctica otro modelo de representatividad basado en la democracia directa y la soberanía popular. Las formas organizativas remiten al comunismo de consejos y a la autonomía obrera, insertando la experiencia vitoriana en una genealogía europea. El texto pone en perspectiva histórica la huelga de 1976 en relación a la teoría y práctica de los consejos obreros no solo dentro de la fábrica, también fuera de ella.

Palabras clave: huelga; Vitoria; consejos obreros; autonomía obrera.

Abstract

The strike that took place in Vitoria during the first months of 1976, whose repressive outcome resulted in the deaths of five workers, was a political laboratory for assembly-based decision-making and class struggle. In contrast to factory-level unions, the working class of Vitoria implemented another model of representation based on direct democracy and popular sovereignty. The organizational forms hark back to council communism and workers' autonomy, placing the Vitoria experience within a broader European tradition. This text places the 1976 strike in historical perspective, relating it to the theory and practice of workers' councils not only within the factory but also beyond its walls.

Keywords: strike; Vitoria; workers' councils; workers' autonomy.

1. INTRODUCCIÓN

A las cinco de la tarde del 3 de marzo de 1976, la Policía Armada cargó contra una asamblea de 5.000 trabajadores que tenía lugar en la iglesia de San Francisco de Asís, en el barrio de Zaramaga de Vitoria. Ciento cincuenta trabajadores resultaron heridos y cinco fallecieron como resultado de los disparos efectuados con fuego real. El Estado puso fin así a una huelga que se alargaba desde comienzos de año.

Lo ocurrido en Vitoria no fue solo una expresión de la brutalidad del Estado. Más allá del drama por las muertes, la huelga llevada a cabo durante aquellos meses también fue un laboratorio para el ensayo político de la autonomía obrera y para la puesta en práctica de un contra-poder obrero sin la intermediación de sindicatos ni

* Iñigo López Simón es doctor en Historia Contemporánea por la UPV/EHU (2018). Actualmente se desempeña como profesor en la Enseñanza Secundaria del sistema educativo vasco, donde ejerce como funcionario de carrera. Sus principales líneas de investigación se centran en la historia urbana, la historia cultural y la historia política. Ha publicado diversos artículos y libros sobre estos temas

partidos[1]. La respuesta de los aparatos del Estado, por lo tanto, ha de entenderse como el establecimiento de una frontera; un límite de las reformas políticas que se habían iniciado tras la muerte del dictador. Si bien se contemplaba cierto aperturismo político, las formas asamblearias de poder obrero no estaban incluidas entre las reformas, bajo ningún concepto.

Para Manuel Fraga, Ministro de la Gobernación por aquel entonces, había sido de imperiosa necesidad para el régimen poner fin al "soviet de Vitoria"[2]. No fue la única vez en esos meses que se refirió al movimiento popular en parecidos términos. El 23 de febrero de ese mismo año, una huelga protagonizada por el movimiento obrero y los movimientos sociales paralizaron la ciudad de Sabadell (Barcelona). Fraga se refirió a esos hechos de la siguiente manera: «Sabadell ha sido ocupado como Petrogrado en 1917»[3]. Esas analogías, más allá de la obsesión personal del ministro con la revolución bolchevique, tenían su fundamento en el conflictivo clima que se extendía por todo el país, el cual se asemejaba a un estallido social y que ponía en grave riesgo la reforma política. Una situación que «solo fue posible por las formas de organización y decisión asamblearias»[4].

En este año de 2026, al cumplirse medio siglo de los sucesos de Vitoria, una parte considerable de la memoria se ha centrado en la tragedia, reduciendo a anécdota –en muchos casos– las formas organizativas puestas en práctica durante los meses anteriores. Se cumple, de alguna manera, algo que los participantes del conflicto ya advirtieron en los meses inmediatamente posteriores a los hechos: quedarse en una lectura sensacionalista y trágica que ignore la praxis revolucionaria[5]. Aun así, no son pocos los historiadores y testimonios de primera mano que han buscado resaltar la experiencia organizativa de la clase obrera vitoriana durante el invierno de 1976[6].

Aunque exceda de las pretensiones de este texto, sí que habría que preguntarse por el hecho de que las investigaciones históricas sobre la Transición pongan el foco sobre la violencia política, la represión y las victimas de la época –investigaciones necesarias y de gran valor, por otro lado–, en lugar de en las experiencias políticas de aquellos años. De esta manera se deja a un lado todo el fervor revolucionario y, por consiguiente, el análisis de las expectativas de la clase trabajadora frente al cambio de ciclo, las frustraciones y el consiguiente desencanto. Este texto no pretende resolver dicho debate historiográfico, pero sí aportar luz –como ya han hecho otro historiadores– sobre una de las praxis obreras más interesantes de la época.

---

[1] «El movimiento de las asambleas de huelguistas había llegado ya al punto más allá del cual todo es revolución […] Vitoria había sido demasiado ejemplar respecto de lo que puede hacer el proletariado sin partidos y sin sindicatos». Los Incontrolados, *Manuscrito encontrado en Vitoria*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2013. pp. 45-50.

[2] «El mejor elogio lo hizo Fraga sin querer: "aquello de Vitoria había que aplastarlo porque estaba dirigido por dirigentes que manipulaban a la clase trabajadora y eran pequeños soviets que se estaban gestando y había que extinguirlos"». VVAA, *Todo el poder a la asamblea. Vitoria 3 de marzo de* 1976, Likinianoren altxorra, Bilbao, 2001, p. 6.

[3] Fraga Iribarne, M., *En busca del tiempo servido*, Planeta, Barcelona, 1987. p. 91.

[4] Rodríguez López, E., *Por qué fracasó la democracia en España. La transición y el régimen del 78*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015, p. 31 y 45.

[5] VVAA, *Vitoria. De la huelga a la matanza*, Ruedo Ibérico, 1976, p. 2.

[6] Por citar tres ejemplos recientes publicados en relación al 50 aniversario de los hechos: Estebaranz, J., "El ejemplo vitoriano de 1976", *Hordago*, 11 de marzo 2026, https://www.elsaltodiario.com/3-de-marzo-de-1976/ejemplo-vitoriano-1976; López de Foronda, I., "1976ko neguko Gasteizko grebetako antolakuntza eta borroka moduak", *Arteka*, #69, 2026ko otsaila, Azpeitia. pp. 20-37; Martínez Larrea, J., *Martxoak 3. Greba, sarraskia, memoria*, Txalaparta, Iruñea, 2026.

Los sucesos de Vitoria y la supresión por la fuerza de la experiencia asamblearia son tomados por la historiografía de la autonomía obrera como el cénit de este movimiento contribuyendo, quizás de manera no intencionada, a la construcción del relato de la gran derrota obrera. Pero tal y como expresa Emmanuel Rodríguez López, resulta «estratégico desplazar el centro de gravedad de la crítica a la Transición en torno a la idea de la derrota y la traición, para situarlo en lo que fueron las potencias y las alternativas de aquel periodo»[7]. Es por lo que resulta interesante indagar en la arquitectura interna del movimiento asambleario vitoriano.

Este texto no pretende ser un relato pormenorizado de los hechos; esa labor ya ha sido realizada previamente en numerosas ocasiones. Pero a pesar de todo lo escrito, o precisamente gracias a ello, el 3 de marzo sigue siendo «un recuerdo que aún debe dar sus frutos»[8]. Construido sobre ese trabajo previo, el texto busca analizar las formas de organización obrera durante el conflicto y sus semejanzas con otras experiencias del pasado. En este sentido, podría situarse el "soviet de Vitoria" dentro de la tradición de los consejos obreros que se originó en las revoluciones rusas de principios del siglo XX. Esto es lo que el presente texto busca discernir.

2. LA FORMA-CONSEJO: DE INTERRUPCIÓN ESPONTÁNEA A LA TOMA DEL PODER OBRERO

Los consejos obreros, lejos de ser una estrategia revolucionaria diseñada por una vanguardia política, son una interrupción abrupta del transcurso de los hechos. Emergen de forma espontánea cuando el poder colapsa o se da una ausencia del mismo. Adquieren, en estos casos, la forma de huelga salvaje –espontánea y no dirigida– donde las masas obreras se autoorganizan y dirigen el proceso sin intermediarios. Los consejos obreros representan una forma de organización horizontal y de participación directa del proletariado en la toma de decisiones. Lejos de limitarse a la autogestión de la fábrica, los consejos obreros, especialmente en periodos revolucionarios, han sido una herramienta de la clase trabajadora para la toma del poder político y económico.

Su rastro se puede encontrar en la Comuna de París, donde el proletariado gestionó la ciudad mediante una lógica democrática con unos cargos representativos revocables[9]. Para Karl Marx, la experiencia parisina fue el atisbo de la puesta en práctica de «la forma política al fin descubierta»[10]. Con el cambio de siglo se asistió a la configuración de la primera experiencia consejista propiamente dicha. La aparición de los soviets –consejos– en Rusia durante el periodo revolucionario (1905-1917), no solo fue determinante para el desarrollo y éxito del mismo. Tras el derrocamiento del régimen zarista, fueron el andamiaje utilizado para el establecimiento de la dictadura del proletariado y la posterior formación de la URSS.

Tras las revoluciones rusas, otras experiencias del comunismo de consejos fueron puestas en práctica en distintos escenarios revolucionarios como en Alemania (1918-

[7] Rodríguez López, E., *Por qué fracasó…,* p. 25.

[8] Abasolo, J.A., *Vitoria 3 de marzo. Metamorfosis de una ciudad*, Diputación Foral de Álava, Vitoria-Gasteiz, 1987. p. 150.

[9] «Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!». Frase escrita por Engels en el prólogo de *La Guerra Civil en Francia*, obra escrita por Karl Marx. El prólogo, y toda la obra, ha sido traducida al castellano y digitalizada en Marxists Internet Archive en el año 2000. https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/1.htm

[10] *Idem*.

1919), Italia (1919-1920), España (1936-1937) y Hungría (1956)[11]. Siempre desde la espontaneidad, su aparición era consecuencia de la emergencia del momento y rara vez respondían a una tradición política o a una continuidad histórica[12]. En todas y cada una de estas experiencias, las masas obreras o campesinas autogestionaron sus espacios de trabajo y de cotidianeidad. Se enfrentaron por igual a las lógicas del estado burgués y a las de la burocracia soviética. Fiel a su destino histórico, fueron brutalmente reprimidas, ya que «ninguna organización autónoma (soviet, consejo, comuna, colectividad…) sobrevive a su época»[13].

La revolución alemana, aunque contemporánea, tuvo un final opuesto a la rusa. Ahí, el germen de los consejos obreros se encuentra también en el ocaso de la Gran Guerra, cuando surgieron de forma espontánea unas estructuras asamblearias en las fábricas. Sin la dirección de una vanguardia, rompiendo con la colaboración entre enlaces sindicales oficiales y la patronal, protagonizaron una serie de huelgas salvajes que recorrieron todo el país en 1917[14]. Tras la consecución del objetivo principal –el fin de la guerra–, los consejos siguieron funcionando en Alemania aunque fueron el reflejo de la lucha entre los dos sectores de la socialdemocracia alemana: el SDP y la Liga Espartaquista. Las organizaciones obreras clásicas intentaron cooptar los consejos reivindicando su derecho a estar representadas como tales en los mismos, calificando las ideas consejistas de «utopía anarquizante»[15]. Los seguidores de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, en cambio, mantenían que los consejos obreros debían ser los órganos de decisión de la clase trabajadora «en la vía del socialismo»[16]. En ese sentido, Luxemburgo fue muy crítica con el «idilio» que vivía la socialdemocracia al querer cambiar el estado de las cosas mediante la acción parlamentaria[17].

El fin trágico de la revolución espartaquista llevó a que los consejos obreros perdieran su esencia, siendo dirigidos por las organizaciones obreras y sus intereses, y no por la masa obrera. Tras el bienio revolucionario, las instituciones burguesas volvieron a ponerse en funcionamiento subyugando a los consejos. Cualquier atisbo de emancipación para la clase obrera quedó en una «revolución abortada»[18].

Tomando como base las lecciones extraídas tanto de la subyugación de los soviets por parte del partido bolchevique como del fracaso de la revolución alemana, se comenzó a elaborar un *corpus* teórico sobre los consejos obreros o, como también es conocido, el comunismo de consejos. Militantes e intelectuales comunistas como Antonio Gramsci subrayaron la importancia de los consejos en el desarrollo de las huelgas, ya que ahí era, en la praxis consejista-asamblearia, donde el proletario

[11] Para una información más completa y detallada de las experiencias obreras asamblearias, consultar: Azzellini, D. y Ness, I. (eds.), *Poder obrero. Autogestión y control obrero desde La Comuna hasta el presente*, La oveja roja, 2017.

[12] Arendt, H., *Sobre la revolución*, Alianza Editorial, 2004. p. 362-362.

[13] VVAA, *Proletariado salvaje. Movimiento Asambleario y Autonomía Obrera*, Milvus, Alcoi, 2023. p. 17

[14] Canne Meijer, H., *Movimiento de los Consejos Obreros en Alemania (1917-1921)*, Zero, Bilbao, 1975. pp. 8-9.

[15] *Sturmthal, A., Consejos obreros*, Fontanella, Barcelona, 1971. p. 13.

[16] Liebknecht, K., "¿Qué quiere la Liga Espartaquista?", *El Porteño*, 20 octubre 2017. https://marxists.architexturez.net/espanol/liebknecht/1918/00001.htm

[17] Luxemburgo, R., "Asamblea nacional o gobierno de consejos", *Die Rote Fahne*, 17 de diciembre de 1918. https://marxists.architexturez.net/espanol/luxem/1918/12/17.htm

[18] Canne Meijer, H., *Movimiento de…*, p. 14.

tomaba conciencia revolucionaria y se convertía en sujeto activo de la lucha y de la gestión del día a día con el objetivo tomar el poder y fundar el Estado Obrero[19].

Una de las más importantes aportaciones teóricas sobre este movimiento es la del marxista neerlandés Anton Pannekoek. En su texto "Los consejos obreros"[20], argumentó que el partido y los sindicatos tradicionales eran formas organizativas obsoletas –relacionadas con el desarrollo del capitalismo de masas– que reproducían las jerarquías de la democracia burguesa. Eran, en definitiva: «instrumentos de poder sobre sus propios miembros» y que una vez subyugados por las instituciones burguesas «ya no saben actuar en calidad de representantes de la clase obrera»[21].

Para Pannekoek, la emancipación de la clase trabajadora solo podía emanar de la participación directa de las masas a través de los consejos o asambleas, rechazando de plano cualquier representatividad burocrática. A pesar de dicha espontaneidad, el neerlandés remarcaba la necesidad de la organización de las masas para la consecución de los objetivos. Para evitar caer en la trampa de las vanguardias y de los liderazgos revolucionarios era de imperiosa necesidad que cada individuo participase al máximo, pero al mismo tiempo mostrar obediencia por las decisiones tomadas en asamblea, concentrando y combinando la acción individual y la de masas en una línea común.

Estos consejos, para Pannekoek, surgían espontáneamente como simples comités de huelga, como oposición a los sindicatos, y se expandían «como un fuego en la pradera»[22]. Pero serían mucho más que simples comités de huelga, serían los nuevos «órganos sociales» construidos por la clase trabajadora que ejercerían la dictadura del proletariado[23].

Más adelante, desarrolló su teoría en un libro publicado en 1946 bajo el pseudónimo de P. Aartsz[24]. En esta obra, el neerlandés vuelve a subrayar que los consejos «brotan espontáneamente en la huelga (ilegal) salvaje, en la acción directa. La acción directa significa acción de los trabajadores mismos sin intermediación de los funcionarios sindicales»[25]. Los sindicatos y los intermediarios eran señalados como órganos de dominio, hecho que desaparece con la organización por consejos, ya que en los sindicatos los delegados «están investidos de autoridad sobre sus electores, o incluso los gobiernan como dueños suyos»[26]. Los delegados de los consejos, en cambio, carecen de libertad de acción respecto a las asambleas, ya que son únicamente mensajeros de la misma y su designación es revocable en cualquier momento. Los consejos, al mismo tiempo, son más que una asamblea de fábrica, son una organización social donde el trabajador deja de ser un engranaje reemplazable y se convierte en parte activa de la vida política creando, al mismo tiempo, una consciencia de clase, «una unidad más sólida»[27].

[19] Gramsci, A., "Democracia obrera", *L'Ordine Nuovo*, V. I, nº. 7, 21 junio 1919, pp. 1-2. Traducido al castellano y publicado en Marxists Internet Archive en 2022. https://www.marxists.org/espanol/gramsci/1919/junio-21.htm

[20] Publicado originalmente en en la revista International Council Correspondence (Vol. II No. 5, abril 1936). Para este texto se ha utilizado la traducción al castellano por Ricardo Fuego y publicada en Marxists Internet Archive en mayo de 2006. https://www.marxists.org/espanol/pannekoek/1930s/1936-iv.htm.

[21] Pannekoek, A., *Escritos sobre los consejos obreros*, Zero, Bilbao, 1975. pp. 69-70.

[22] *Idem.*

[23] *Idem.*

[24] Para este texto se ha utilizado la versión digital publicada en Marxists Internet Archive en 2005. https://www.marxists.org/espanol/pannekoek/1940s/consejosobreros/index.htm

[25] *Idem*, p. 44.

[26] *Idem*, p. 12.

[27] *Idem*, p. 48

Pese a la espontaneidad de estos consejos obreros, Pannekoek no rechaza la existencia de una pequeña vanguardia, solo que reformula su función dentro del proceso asambleario y revolucionario. La interrupción abrupta que supone la aparición de los consejos necesita, para el neerlandés, «el empuje de unos pocos camaradas intrépidos» que actúen como avanzadilla, como catalizadores de la huelga salvaje y de su organización asamblearia[28]. Una vez estalla el conflicto, la vanguardia se situaría junto a la clase y no a la cabeza; a partir de ahí su función pasaría a ser la de propagandista de las ideas asamblearias. Su vanguardismo, tal y como había teorizado Pannekoek, no era de mando sino de agitación.

Los soviets del periodo revolucionario ruso fueron para Pannekoek los únicos ejemplos en los que la clase fue «la fuerza motriz»[29]. En esos casos, los consejos no operaron como órganos de mando, pero tuvieron una influencia directa sobre los hechos y sobre «la educación revolucionaria por la acción»[30]. Una vez derrocado el antiguo régimen, en cambio, las vanguardias –en este caso el partido bolchevique– abandonaron a los consejos dando lugar a la aparición de un capitalismo de Estado «gobernado por una burocracia de altos funcionarios»[31].

Tras la Segunda Guerra Mundial, el comunismo de consejos volvió a emerger. El capitalismo fordista de posguerra, con la aparición del estado del bienestar y la sociedad de consumo, alteró profundamente el ecosistema sociológico de la clase trabajadora. Esto, junto con la experiencia consejista de la revolución húngara reavivó el interés por la forma-consejo y provocó una reconfiguración y reinterpretación de la teoría asociada a esta praxis.

En los años 50, surgió una tendencia política desde el marxismo estadounidense que fue conocida como la Tendencia Johnson-Forest, en honor a los pseudónimos de sus dos autores principales: C.L.R. James –conocido como J.R. Johnson– y Raya Dunayevskaya –Freddie Forest–. Esta tendencia tuvo una enorme influencia teórica en la que sería la Nueva Izquierda en los años 60. James y Dunayevskaya fueron muy críticos con la URSS, a la que tildaron como capitalismo de Estado. En la línea del movimiento consejista, argumentaban que la revolución no debía ser dirigida por un partido de vanguardia. La función de esta era reconocer la autonomía de las formas de organización obrera que ya existían en el corazón de la producción industrial[32].

En esa misma década, desde la revista de la autonomía consejista francesa *Socialisme ou barbarie* también se escribió y teorizó sobre los consejos obreros, señalando que la función de estos no puede ser la de «tranquilas reuniones de reflexión» en las que participen representantes de partidos o sindicatos, sino espacios donde se ha de librar la lucha de clases[33]. En el mismo sentido, Hannah Arendt, altamente crítica no solo con la URRS sino con el propio partido bolchevique y su papel en los primeros compases de la toma del poder en 1917, puso en valor la forma-

[28] *Idem*, p. 44.

[29] Pannekoek, A., *Escritos sobre los consejos obreros*, Zero, Bilbao, 1975. p. 75

[30] *Idem*.

[31] *Idem*. pp. 73-78.

[32] Dunayevskaya, R., James, C.L.R. y Stone, R., *The Invading Socialist Society*, Bedwick Editions, Detroit, 1947. Digitalizado en The Marxist Internet Archive. https://www.marxists.org/archive/james-clr/works/1947/invading/index.htm

[33] Castoriadis, C. "Respuesta al camarada Pannekoek", *Socialisme ou Barbarie*, nº 14 (abril-junio 1954), pp. 44-50. https://www.marxists.org/espanol/castoriadis/castoriadis_carta_pannekoek.htm

consejo como una nueva forma de poder, más que como un medio para tomar el poder frente a los «revolucionarios profesionales» que pretendían rebajarlos a simples órganos ejecutivos[34].

Fueron los acontecimientos de mayo del 68, y los movimientos revolucionarios que surgieron en distintos lugares de Occidente, los que volvieron a traer la práctica de los consejos obreros a la actualidad, especialmente con las ocupaciones de fábricas y distintos edificios. En Francia, fue la Internacional Situacionista una de las que teorizó y actualizó, desde su perspectiva, la teoría consejista. Con una crítica de la utilización de los consejos por parte de la burocracia soviética[35], buscaron incorporar las nuevas críticas al trabajo asalariado y al obrerismo para adaptar los consejos a la autoorganización completa de la vida, no solo de la fábrica. Fue el vehículo político para enfrentarse a los excesos de la patronal, pero también a la alienación de la vida cotidiana y a la lucha en contra del trabajo asalariado. Una clase obrera constituida como una «clase enfrentada al capital y no como institución, partido, sindicato, etc»[36]. Kristin Ross señala la "Comuna de Nantes" de ese mismo año como una expresión total de la forma-consejo[37]. Allí, el comité de huelga no solo dirigía la misma, sino que empezó a controlar aspectos cotidianos y a gestionar el día a día de la ciudad. Fue el de Nantes un ejemplo de cómo el poder obrero emanado del consejo podía saltar los muros de las fábricas y expandirse por la urbe, y de como su lucha iba mucho más allá de las exigencias salariales.

A diferencia de otras latitudes, en Italia el estallido del 68 no fue en absoluto efímero. Es por ello que se conoce a este proceso como "el largo 68 italiano". A las revueltas de ese año le siguieron el "otoño caliente" de 1969 donde los obreros y los estudiantes protagonizaron numerosos conflictos entre los que destacarían las ocupaciones de fábricas y otros edificios. Este periodo fue testigo del surgimiento de una amalgama de organizaciones obreristas de diversa índole. El declive de estas para el año 1973 supuso la aparición en escena de un sujeto político que se venía gestando y que mantenía una relación con lo ocurrido en la península itálica los años anteriores: el proletariado autónomo. Este movimiento supuso una profunda ruptura con lo anterior, incluida la concepción obrerista de la lucha de clases, y no se puede clasificar de manera rígida en ninguna tradición ortodoxa, aunque bebe de todas las anteriores, también del consejismo[38].

3. UN PROLETARIADO SALVAJE FRENTE A LA CRISIS DEL CAPITAL: EL AUGE DEL MOVIMIENTO AUTÓNOMO EN ESPAÑA

La reaparición de la forma-consejo durante las décadas de los 60 y 70 también tuvo su reflejo en España, unida a las asambleas de fábrica, las comisiones obreras y el movimiento autónomo. Todo esto fue posible gracias a la emergencia de una nueva clase obrera en un contexto de crisis económica y política.

[34] Arendt, H., *Sobre…,* p. 363.

[35] «Los éxitos aparentes de este movimiento son sus fracasos fundamentales (el reformismo o la instalación en el poder de una burocracia estatal) y sus fracasos (la Comuna o la revuelta de Asturias) son hasta ahora sus éxitos abiertos». VVAA, *Textos situacionistas sobre los consejos obreros*, Campo Abierto, Madrid, 1977, p. 15.

[36] Quintana, F. (coord.), *Asalto a la fábrica*, Alikornio, Barcelona, 2002, p. 16.

[37] Ross, K., *La forma-comuna. La lucha como manera de habitar*, Virus, Barcelona, 2024. p. 56.

[38] Tarì, M., *Un comunismo más fuerte que la metrópoli. La autonomía italiana en la década de 1970*, Traficantes de sueños, Madrid, 2016. p. 64.

Desde la aprobación del Plan de Estabilización en 1959 se dio comienzo a la tercera etapa económica del franquismo que, basándose en un suministro energético barato y una mano de obra igualmente barata y masiva, consiguió una financiación exterior que fue la base del desarrollo industrial y de lo que vino a llamarse el "milagro económico español"[39]. Pero este milagro no fue en absoluto uniforme. Según datos aportados por el INE, mientras que los salarios habían aumentado un 62% desde 1961 hasta 1969, los rendimientos del trabajo lo habían hecho en un 99%[40]. Dicha expansión económica y sus contradicciones trajeron aparejado un resurgimiento del movimiento obrero que podía poner en riesgo los beneficios de la oligarquía empresarial.

La forma de canalizar los conflictos laborales por parte del régimen fue a través de la omnipresencia del Sindicato Vertical, tal y como se venía haciendo desde los años 50, donde la negociación se establecía entre los trabajadores y la patronal. Esto provocó un modelo de negociación y conflicto basado, especialmente, en los aumentos salariales. Era este un «tipo de fordismo altamente sensible a la conflictividad obrera [debido a] la extremada dependencia del modelo de la disciplina que mantuviesen los trabajadores»[41]. La ley de convenios colectivos aprobada en 1958 permitía que los conflictos laborales se dieran en la propia fábrica y dependía de la capacidad de la vanguardia de cada una de ellas de generar dicho clima de conflicto sin depender de una situación general. Los conflictos laborales fueron en aumento y en 1970 se habían multiplicado hasta llegar a un total de 1.595 huelgas[42].

A esta época de crecimiento desigual le siguió la crisis que padeció el sistema de acumulación fordista en España. La crisis del petróleo del 73, cuyos efectos llegaron con algo de retraso –paro, inflación, recesión, etc.–, tuvo como consecuencia un descenso de los beneficios empresariales debido al aumento de los costes de producción. Hasta el momento, el poder adquisitivo de la clase trabajadora se había mantenido ligeramente por encima del coste de vida, pero esto se basaba en una alta producción y en el alto número de horas extras. Cuando la producción bajó, los problemas económicos de la clase trabajadora aumentaron. Paralelamente, la patronal buscó el aumento de beneficios con la congelación de sueldos.

Las consecuencias de la crisis aumentaron la conflictividad obrera, pero para entonces el sistema en el que se asentaban las relaciones laborales en la España franquista se estaba resquebrajando. Para los años 70 existía una amalgama de sindicatos y organismos políticos situados a la izquierda del PCE, así como una masa cada vez mayor de un proletariado autoorganizado. El surgimiento de las comisiones obreras en diferentes zonas industriales a principios de los 60 había dado paso a la irrupción de un proletariado organizado de manera más horizontal, menos basada en la delegación. La composición del mismo, joven y migrante, tenía como consecuencia que no estuviera atado a ninguna tradición previa.

La práctica autónoma del proletariado en España suponía no solo una ruptura con las anteriores tradiciones políticas obreras, también la construcción teórica por los hechos. Si bien se enmarca en un contexto internacional y tiene evidentes lazos con

[39] Domènech Sampere, X., "La otra cara del milagro español. Clase obrera y movimiento obrero en los años del desarrollismo", *Historia contemporánea*, n.º 26, 2003. p. 92.

[40] Informe de 1969 sobre la retribución de las rentas en España citado en Val del Olmo, J.A., *3 de marzo. Una lucha inacabada*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2004, p. 42.

[41] Domènech Sampere, X., "La otra cara…, p. 100.

[42] Fontana, J. (ed.), *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 163.

otras tradiciones autónomas contemporáneas, la organización autónoma de clase en España «fue siempre muy por delante de la elaboración teórica»[43]. Resulta interesante para este texto, por lo tanto, entender la autonomía no como una ideología, sino como una praxis política de un proletariado no dirigido ni representado.

Este ciclo de luchas que se inició a finales de la década de los 60, tuvo como rasgo principal la no subordinación de las masas a ningún tipo de estructura sindical. Fueron «salvajes y duras», lejos de los cauces legales de los que intentaban valerse las CCOO controladas por el PCE, por lo que no es de extrañar que la teoría que mejor le sirvió a la Autonomía Obrera fuera la consejista[44].

Con un franquismo agonizante y una clase obrera cada vez más organizada, la conflictividad se extendió por todas las áreas industriales de España. Las exigencias de carácter económico forjaron un creciente movimiento obrero que, si bien al principio solo repercutió en los propios trabajadores, para mediados de los años 70 los conflictos traspasaron las tapias que perimetraban las fábricas y tomaron un cariz más político que hizo tambalearse al ya de por sí moribundo régimen político.

4. EL MODELO DE VITORIA: CUANDO LA ASAMBLEA DESBORDÓ LA FÁBRICA

Tras la muerte del dictador a finales de 1975, el movimiento obrero intuyó una fase de oportunidades políticas que acarrearon un aumento de la conflictividad hasta el "hito" que supuso la huelga de Vitoria en 1976, considerado así tanto por el grado de poder obrero alcanzado, por la horizontalidad del método asambleario, como por significar el comienzo del declive de la autonomía obrera[45].

Pocos eran los que confiaban en el éxito de la huelga cuando dio comienzo el periodo de luchas laborales de 1976 y nadie imaginó lo que ocurriría durante los dos meses siguientes. Esto era debido a que Vitoria presentaba una maduración sindical tardía –el primer gran conflicto obrero data de 1972 en Michelin– condicionada por una estructura demográfica e industrial específica. La población vitoriana apenas aumentó durante el primer franquismo, pero casi se triplicó entre 1955 y 1975. Pasó de 57.357 habitantes en 1955 a 175.000 en 1975[46]. De esa población de 1975, solamente un tercio había nacido en Vitoria y el 60% de la población total la conformaban trabajadores industriales.

La atracción de dicha masa migrante desde zonas rurales fue una respuesta a la necesidad de mano de obra para la incipiente industria vitoriana; un crecimiento industrial espoleado tanto por los incentivos fiscales como por la liberalización de terrenos en las afueras para su uso industrial. Así, entre la iniciativa empresarial local –y guipuzcoana–, y la llegada masiva de mano de obra barata y sin cualificar, Vitoria vivió una transmutación total a nivel económico, social y político.

4.1. LA CHISPA DE LA RUPTURA

[43] López Petit, S., "Introducción" en Espai en Blanc (coord.), *Luchas autónomas en los años setenta*, Traficantes de sueños, Madrid, 2008. p. 22.

[44] VVAA, *Proletariado salvaje*… p. 32-37.

[45] «La etapa finaliza con los hechos de Vitoria, que si por una parte marcan el punto álgido de la etapa por sus características, y envergadura, por otra parte marcan su final, pues a partir de ese momento las luchas obreras se van a mover dentro de unas coordenadas distintas». Colectivo de estudios por la autonomía obrera, *Luchas autónomas en la transición democrática*, Zero, Bilbao, 1977. p. 13.

[46] Abasolo, J.A., *Vitoria*… p. 21.

La politización y socialización de la masa obrera vitoriana fue un proceso lento que se aceleró con la crisis del año 1974 cuando, al igual que en el resto del Estado, se dieron las contradicciones económicas necesarias para que esto ocurriera. Para el invierno de 1976, la masa crítica se había consolidado tras un bienio de conflictividad ascendente con el surgimiento de la Coordinadora Obrera de Vitoria (COV). Ante la débil implantación de organizaciones sindicales clásicas, esta plataforma fue puesta en marcha por los Comités Obreros de Vitoria –organismo formado por miembros de sindicatos obreros y, mayoritariamente, de grupos autónomos defensores del asamblearismo[47]–. Pese a la presencia de miembros de la vanguardia en su seno –quienes habían puesto las bases del movimiento realizando mini-asambleas celebradas en el monte, lejos de las miradas inquisitoriales del régimen–, la COV priorizó evitar cualquier representación orgánica de siglas políticas[48].

Resulta clave desgranar la metamorfosis de una plataforma reivindicativa en un movimiento de masas capaz de impugnar el orden social. El salto ocurrió cuando la plataforma se presentó en las fábricas y estalló el conflicto; cuando se rompió con la dinámica de luchas anteriores en las que los conflictos estaban localizados en empresas concretas.

El de Vitoria fue un movimiento eminentemente autónomo, con una presencia mínima de siglas políticas y sindicales, capaz de «articular un sistema básico, pero complejo y acabado, de toma de decisiones, plataforma conjunta, reivindicación, traslado a la calle del proceso y negociación directa con la patronal»[49]. La propia configuración de la clase trabajadora vitoriana fue la que posibilitó la permeabilidad de la autonomía y de las prácticas asamblearias. De haber una vanguardia obrera durante el conflicto de 1976, sería la COV, aunque, como veremos, su papel fue subyugado por las asambleas de fábrica y las Comisiones Representativas (CCRR). Se planteó, así, un conflicto protagonizado por «una clase obrera más explotada por el capitalismo, y menos domesticada por el reformismo»[50].

A diferencia de la fracasada huelga de Michelin de 1972[51], en el conflicto de 1976 los trabajadores eligieron comisiones representativas y «el primer punto del conflicto estaba en el reconocimiento de estos organismos por parte de la patronal. La afirmación de la organización asamblearia debía quebrar la legalidad del sindicato vertical»[52]. La relevancia del caso vitoriano dentro del movimiento autónomo se entiende mejor al observar la no participación de los comités de Michelin en las dinámicas de huelga de 1976. En la que era la mayor fábrica de la ciudad, la hegemonía del PCE y su apuesta por la vía reformista bloquearon la incorporación de sus trabajadores a la huelga, en contraste con las posiciones autónomas de clase que protagonizaron empresas de

[47] «En el movimiento asambleario participaban UGT, CCOO, PCE y la izquierda radical, siendo esta última la corriente más influyente, en concreto la tendencia autónoma, representada por la Organización de Clase Anticapitalista (OCA) –nacida a partir del grupo Liberación– y por la OIC, de carácter consejista». Wilhelmi, G., *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016. p. 59.

[48] Documento original de los Comités Obreros de Álava citado en Val del Olmo, J.A., *3 de marzo*…, p. 61.

[49] Rivera Blanco, A., "Estatuari gerra! Autonomía obrera en el País Vasco" en Justo G. Beramendi et al. (coord.), *La nación omnipresente. Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Comares, Granada, 2020, p. 332.

[50] Abasolo, J.A., *Vitoria*… p. 76.

[51] Provocada por las aspiraciones maximalistas de la vanguardia, por la represión contra los representantes de clase, pero también porque el Jurado de empresa votó en contra de la voluntad de los trabajadores. Val del Olmo, J.A., *3 de marzo*…, pp. 43-50.

[52] Rodríguez López, E., *Por qué fracasó…,* p. 28.

menor tamaño[53]. Esto dejó patente cómo las organizaciones obreras clásicas podían ejercer de freno frente a la organización autónoma de la clase trabajadora.

4.2. DE LA HUELGA AL PODER OBRERO

El conflicto originado en contra del decreto que limitaba el sueldo de los trabajadores fue radicalizándose. Aunque en primer momento fue una huelga de evidente carácter economicista, a las exigencias laborales –incluyendo un aumento de sueldo lineal, las 40 horas semanales, derecho a media hora de descanso, un 100% de salario en caso de baja o enfermedad, 30 días de vacaciones– se les fueron sumando otro tipo de proclamas como la amnistía y el poder obrero.

A pesar de que las teorías y tradiciones autónomas llegaron con retardo a España y también a Vitoria[54], ocurrió un desborde del conflicto que superó cualquier previsión estratégica. Los organizadores no eran optimistas al comienzo del mismo, ya que eran conscientes de «la despolitización y casi nula experiencia de lucha de la clase obrera vitoriana [...] y de la integración de la clase en el Sindicato Vertical»[55], aunque según un informe de la HOAC, se estimaba que en las elecciones sindicales de 1971 hubo una abstención alta, incluso superior al 50% en algunas empresas[56].

Resulta interesante, por lo tanto, intentar dilucidar el éxito de una huelga sobre la que los militantes de la plataforma reivindicativa conjunta tenían pocas expectativas, ya que no veían condiciones para la huelga por ser la de Vitoria una clase trabajadora despolitizada, sin experiencia en la lucha de clases e integrada, en gran parte, en el Sindicato Vertical[57]. Una clase trabajadora que, quizás desde el desconocimiento, «recuperaba tradiciones que eran parte de la experiencia acumulada por la clase obrera a lo largo de un siglo»[58].

El 23 de diciembre de 1975 se celebró la primera asamblea convocada por la vanguardia obrera de la empresa Forjas Alavesas. La asistencia fue masiva, siendo la primera de estas características que se celebró en Vitoria[59]. Al no aparecer a dicha asamblea los representantes del Sindicato Vertical, los trabajadores decidieron crear una comisión representativa para negociar directamente con la patronal[60].

El conflicto prendió el 9 de enero, primero en la propia Forjas Alavesas y después en 10 empresas más. El *modus operandi* en todas ellas siguió un mismo guion. Frente a la aceptación por parte de enlaces y jurados de empresa a las propuestas de renovación del convenio de la empresa, se dio un rechazo general de los trabajadores que comenzaron a reunirse de manera independiente[61]. Tras unas primeras reuniones, decidieron crear una comisión representativa de la asamblea para negociar

[53] Abasolo, J.A., *Vitoria…,* p. 113-114.

[54] Uno de los represaliados tras la matanza del 3 de marzo en Vitoria, por ejemplo, asegura que fue en la cárcel donde empezó a leer sobre «la revolución de Kronstad que aplastó Trotski allá en Rusia. Empecé a leer la Comuna, empecé a leer cosas de Pannekoek, los teóricos sobre la autonomía, los consejos obreros, etc.». VVAA, *Todo el poder a la asamblea*…, p. 5.

[55] VVAA, *Todo el poder a la asamblea*…, p. 10.

[56] Val del Olmo, J.A., *3 de marzo*…, p. 56.

[57] VVAA, *Vitoria. De la huelga*…, p. 8.

[58] Val del Olmo, J.A., *3 de marzo*…, p. 123.

[59] Abasolo, J. A., *Vitoria*…, 1987, p. 57.

[60] Martínez Larrea, J., *Martxoak 3…,* p. 31.

[61] Así fue, al menos, en las empresas de Forjas Alavesas, Mevosa, Areitio, Cablenor, Aranzabal y Orbegozo. VVAA, *Vitoria. De la huelga* …, pp. 31-83.

directamente con la empresa, deslegitimando los cauces legales y corporativistas[62]. Esta decisión trajo consigo la solicitud –y consecución– de la dimisión de los jurados de fábrica. Se estableció así la base organizativa del movimiento que era la asamblea de trabajadores de fábrica, la cual elegiría a un comité revocable que la representase frente a la patronal –se buscó que todos los sectores de la empresa estuvieran representados– y que participaría en las CCRR .

De esta manera se dio inicio a un conflicto entre las asambleas y las direcciones de empresa que sobrepasó las exigencias laborales, situando el conflicto en el terreno de la representatividad de los trabajadores y de una cuestión de poder: «lo importante es que la clase obrera vitoriana se ha cansado y ha dicho basta a que sean hombres de paja, hombres manejados por el vertical, los que negocien sus condiciones de vida»[63].

A medida que avanzó el conflicto se extendieron y se asumieron las principales consignas asociadas a las reivindicaciones laborales, que coincidían con las de la Plataforma Reivindicativa de la COV. La reacción de la patronal fue poner en marcha campañas de difamación y represión, con numerosos trabajadores detenidos y despedidos. Lejos de aplacar el conflicto se multiplicaron las movilizaciones, se organizaron piquetes contra los esquiroles y se llevaron adelante campañas de sensibilización y solidaridad.

Durante todo el conflicto se realizó un trabajo importante para establecer los principios del asamblearismo: «El medio que nos ha permitido estar UNIDOS y SER FUERTES es LA ASAMBLEA [...] lo defenderemos con uñas y dientes en la calle y donde sea»[64]. Era la asamblea la «piedra angular» de toda la organización[65]. Su papel no era meramente informativo, sino que actuaba como foro de debate y discusión, pero también de decisión. Al contrario, era fundamental que las CCRR no tuvieran capacidad de decisión y se limitaran, tal y como su nombre indica, a la mera representación de la voluntad de la asamblea.

Esta práctica de democracia directa, obviamente, no evitó que surgieran tendencias dentro del movimiento, protagonizadas por las diferentes vanguardias. Por un lado, surgió el debate entre quienes entendían la asamblea como un medio y para quienes era el fin mismo de la lucha. También entre quienes no veían con buenos ojos el método de votación mediante mano alzada. La explicación para el uso de este método es que aunque «el miedo a ser acusado de reaccionario es superior a la voluntad del individuo», el miedo a la represión individual por parte de la patronal era más alto aún y votar a mano alzada estimulaba «la unión del conjunto»[66].

La presencia de dichas vanguardias obreras era minoritaria y eso supuso que estas se amoldaran a lo ritmos de lucha de las asambleas, si bien fueron estas vanguardias las que mayor trabajo político realizaron para convertir este conflicto laboral en una lucha de clases[67]. Los miembros de los partidos políticos y sindicatos participaron del

[62] Es necesario destacar lo ocurrido el 15 de enero en la empresa Mevosa, donde se convocaron dos asambleas: la del Sindicato Vertical (500 participantes) y la promovida por los trabajadores en una iglesia cercana (1000 participantes). La mayoría de participantes de la primera se fueron a la segunda sin haber votado ni llegado a ningún acuerdo. Martínez Larrea, J., *Martxoak 3*…, p. 45.

[63] VVAA, *Vitoria. De la huelga*…, p. 89.

[64] Panfleto publicado y repartido por la Asamblea de Fábricas en Lucha el 20 de febrero de 1976 y reproducido en VVAA, *Todo el poder a la asamblea*…, p. 16.

[65] Carnicero Herreros, C., *La ciudad donde nunca pasa nada…,* p. 57.

[66] Estefanía, J., "Formas de organización obrera en Vitoria", El Cárabo, n.º 1, Julio-Agosto, Madrid, 1976. p. 82

[67] Carnicero Herreros, C., *La ciudad donde nunca pasa nada…,* p. 72. Martínez Larrea, J., *Martxoak 3*…, pp. 50-56.

conflicto en tanto que eran miembros de las asambleas y podían ser elegidos como representantes de estas. Por lo tanto, todos los militantes políticos participaron de manera individual, siendo algunos de ellos elegidos como miembros de las CCRR, más por su trayectoria en los conflictos de fábrica que por su condición de militantes de una organización concreta. Del mismo modo, fueron parte de estas CCRR trabajadores sin experiencia sindical pero que gozaban de las simpatías de gran parte de la plantilla.

Es esta una cuestión muy presente en la historiografía sobre el 3 de marzo –y entre sus protagonistas–, dilucidar el papel que jugaron las vanguardias en la dirección de la lucha obrera. Entre el dirigismo y el espontaneismo, me parece acertada la tesis de José Antonio Abasolo el cual establece que si bien la COV «aportó un cauce y una infraestructura» lo ocurrido aquellos meses «superó ampliamente a los planes […] y seguramente a sus propios análisis de la situación»[68]. La propia dimensión que adquirió el conflicto hacía muy difícil transmitir e inculcar una metodología de lucha.

Una de las aportaciones más interesantes al respecto la hace Tomás Etxabe Arakistain, trabajador de Forjas Alavesas y militante de la Organización de Izquierda Comunista (OIC) durante la huelga de Vitoria del año 1976. Su análisis prospectivo de aquellos meses –escrito en los momentos inmediatamente posteriores y publicado un año más tarde– enmarca la experiencia vitoriana en una serie de huelgas espontáneas y radicales que estaban ocurriendo en los últimos años en España y en la que la de Gasteiz supuso «el colofón de todo este proceso»[69]. Etxabe Arakistain resalta que todas estas experiencias revolucionarias ocurrieron en zonas de reciente industrialización y sin apenas tradición de lucha obrera, pero sí con una toma de conciencia de clase inmediata catalizada por las experiencias de fábrica y barrio –sin etapas ni procesos lineales– y la combinación de esta con «la memoria colectiva de las masas»[70].

El trabajador de Forjas Alavesas, en cambio, no niega la existencia y participación de una pequeña vanguardia obrera –de la que él mismo era parte–. Resalta, no obstante, que dicha vanguardia fue capaz de asumir y asimilar aquellas prácticas surgidas de la espontaneidad de la clase trabajadora vitoriana. Frente al dirigismo, el suyo fue un liderazgo subordinado a la praxis asamblearia. Esa fue la única manera en la que la vanguardia obrera de Vitoria pudo ser capaz de movilizar a amplias masas de la clase trabajadora de la ciudad.

4.3. EL DESBORDE Y LA REPRESIÓN

Se convocaron dos huelgas generales previas a la del 3 de marzo que no obtuvieron el apoyo esperado por, entre otras cosas, centrar la lucha en lo económico y la existencia de «una separación de las vanguardias y conjunto o grueso de las asambleas»[71]. Muchos trabajadores abandonaron la huelga y las movilizaciones una vez que sus demandas de fábrica fueron atendidas. Esta era una estrategia puesta en marcha por varios empresarios buscando mediante la negociación de fábrica la desactivación del conflicto y la deslegitimización de las CCRR.

[68] Abasolo, J.A., *Vitoria…,* p. 78.

[69] Echave Araquistain, T., *Vitoria 76*, Publicado por el autor, Berriz, 1977. p. 8.

[70] *Idem*, p. 10.

[71] VVAA, *Todo el poder a la asamblea…*, p. 15.

Frente a esa situación se decidió cambiar de estrategia y poner el foco en el núcleo del conflicto: «ya no existe un problema de sueldo ni de 40 horas semanales, lo que está en juego, es un problema de poder a poder, el poder obrero frente al poder burgués»[72]. La lucha contra los despidos y la extensión de las movilizaciones fuera de las fábricas supuso un desborde de apoyo popular y de clase. La clave fue la evolución del conflicto de lo económico a lo político, la extensión y la ramificación de las asambleas que posibilitaron un desarrollo de la conciencia de clase[73]. Estos métodos de lucha y organización, donde la clase trabajadora era la protagonista única de las asambleas, eran «el único camino que podría conducir a una sociedad sin explotación»[74].

El organigrama representativo básico se ramificó con la creación de diferentes organismos satélites cuyo objetivo era aportar a la lucha de las CCRR, en ningún caso sustituirlas. Surgieron, así, las asambleas de mujeres de obreros en paro –con sus propias CCRR–[75], las asambleas conjuntas de obreros no parados y las asambleas de barrio. También hubo un importante apoyo del movimiento estudiantil. Esto respondía al trabajo de calle que realizaron los huelguistas para recabar un apoyo popular y a la difusión del método asambleario que superó las expectativas de simple solidaridad.

La clase obrera vitoriana se implicó en la lucha fueran parte o no de una empresa en huelga. Numerosos vecinos participaron de las asambleas de barrio, tomaron parte de las movilizaciones, de las campañas de recaudación de dinero o del señalamiento a los esquiroles en las puertas de las fábricas. De esto último fueron protagonistas, especialmente, las mujeres.

La ruptura con la representación, por lo tanto, no se limitó a las fábricas. Como recuerda Bego Oleaga, participante de aquel movimiento, el proceso asambleario y su práctica supusieron una escuela de aprendizaje autónoma, una experiencia de lucha que aportó a quienes participaron de ella la enseñanza de no delegar la vida: «aprendimos que no hacía falta que nadie decidiera por nosotras»[76]. Esta afirmación de una de las impulsoras de la asamblea de mujeres en lucha resume la esencia del movimiento asambleario en su forma-consejo que durante dos meses hizo a la clase trabajadora dueña y única representante de la lucha.

La ciudad no solo fue un escenario, sino un actor fundamental de este conflicto y de sus formas organizativas. De la misma manera que cada mañana se celebraban asambleas en las fábricas, también tenían lugar en los barrios de la clase trabajadora. Estas últimas tuvieron lugar en las iglesias de los barrios obreros, espacios cedidos por un clero progresista y por la HOAC como única vía de alegalidad posible en una dictadura donde el control sobre el espacio público seguía siendo restrictivo.

[72] VVAA, *Todo el poder a la asamblea*…, p. 17.

[73] Quintana, F. (coord.), Asalto…, pp. 205-209. Martínez Larrea, J., "Democratización y concienciación en la huelga de Vitoria de 1976", Gerónimo de Uztariz, Nº. 35, 2019-2020, p. 77-83. VVAA, Vitoria. De la huelga…, pp. 22-25.

[74] Texto publicado por los Comités Obreros de Vitoria 3 días después de la matanza. Reproducido en VVAA, *Todo el poder a la asamblea*…, p. 7.

[75] La aportación de estas asambleas fue más allá de la simple solidaridad. Las mujeres se convirtieron en sujetos políticos activos que, con sus propias dinámicas de movilización y lucha, resultaron «imprescindibles para que se pudiera materializar y desarrollar la huelga». Rodríguez Lara, Z. (Coord.), *3M: Memoria: Las mujeres de Gasteiz en la matanza del 3 de marzo de 1976*, Intxorta 1937 kultur elkartea, 2018, p. 22.

[76] López Simón, I., "Bego Oleaga: «En aquel invierno aprendimos que no hacía falta que viniera nadie a decidir por nosotras»", *Hordago*, 28 de febrero de 2026. https://www.elsaltodiario.com/3-de-marzo-de-1976/bego-oleaga-%C2%ABen-invierno-aprendimos-no-falta-viniera-nadie-dedicir-nosotras%C2%BB

A medida que aumentaba el apoyo popular el miedo de los poderes locales fue en aumento. El conflicto había trascendido lo laboral, ni siquiera era un problema puntual de orden público, era un problema político. Con la metodología de lucha que había puesto en práctica la clase obrera vitoriana, no solo estaba en jaque el modelo de negociación laboral, sino todo el espíritu pactista y reformista del proceso de transición política[77].

La respuesta violenta del Estado, por lo tanto, tuvo como objetivo no solo disolver la asamblea del 3 marzo, ni siquiera a unos disturbios puntuales –la violencia empleada por parte de los huelguistas estuvo presente durante todo el proceso–, sino poner fin al proceso que se estaba gestando, para lo que emplearon toda la fuerza a su alcance[78]. La magnitud de la violencia fue un aviso de cuáles eran los límites de la transición política y hasta dónde estaban dispuestos a tolerar. El miedo al contagio se constata en los informes policiales posteriores a la matanza[79]. Junto con otras acciones de violencia política protagonizadas por el Estado[80], Vitoria fue una advertencia de lo que el sistema no estaba dispuesto a transigir. La represión contra los líderes de la vanguardia imposibilitó que aquello siguiera adelante y quedó así interrumpido un proceso cuyo techo se derribó en el asfalto de Zaramaga. No se pudo saber si el "soviet de Vitoria" iba a quedarse en un comité avanzado de huelga o iba a evolucionar en un órgano social de autogestión obrera.

5. CONCLUSIONES: EL LEGADO DE UNA INTERRUPCIÓN

El análisis de los acontecimientos de Vitoria permite observar como a partir de una convocatoria de huelga se configuró un movimiento popular y de clase que pasó de reivindicar mejoras laborales a sumar reivindicaciones políticas; a asumir el poder obrero mediante la asamblea y la práctica de la democracia directa. Las asambleas de fábrica, las CCRR y demás organizaciones de apoyo a la huelga no fueron un mero instrumento de presión en un conflicto laboral, fueron las ramificaciones de un movimiento que buscaba ejercer la soberanía popular.

Aun sin ser –posiblemente– conocedores de la misma, la praxis desarrollada por la clase obrera vitoriana durante aquellos meses tiene una innegable conexión con la tradición de los consejos obreros. La experiencia consejista de Vitoria, al igual que las que le precedieron, surgió de manera casi espontánea, en un contexto de crisis y de vacío de poder representativo, lo que llevó a la clase trabajadora vitoriana a autoorganizarse. Las siglas tradicionales se vieron desbordadas por una vanguardia que supo disolverse en la estructura asamblearia. Fue la unión de estos dos factores –una pequeña vanguardia y una gran masa obrera no adscrita a movimiento alguno– la que provocó el surgimiento y el desarrollo del movimiento huelguístico en Vitoria en las claves descritas. Sin estos dos factores, es probable que los acontecimientos se hubieran dado de otra forma.

[77] Lasheras, A., *Gasteiz, 3 de marzo de 1976. Un recuerdo 25 años después*, Arabera, Gasteiz, 2001, p. 20; Martínez Larrea, J., Martxoak 3…, p. 37-42.

[78] «Ya hemos disparado más de dos mil tiros […] hemos contribuido a la paliza más grande de la historia. Aquí ha habido una masacre». Declaraciones captadas a través de la radio de la Policía y recogidas en el CD que acompaña a VVAA, *Todo el poder a la asamblea*…

[79] Martínez Larrea, J., *Martxoak 3*…, p. 146.

[80] Para un análisis en profundidad, consultar Baby, S., *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, Akal, Madrid, 2021.

En la dinámica organizativa de Vitoria, la legitimidad de los representantes no derivó de las estructuras sindicales o políticas tradicionales, sino de unn mandato directo emanado de las asambleas de fábrica y de barrio. Mediante el mecanismo de la portavocía revocable, la clase trabajadora ejerció un control efectivo sobre su praxis política, evitando la externalización de la toma de decisiones hacia siglas o vanguardias preconstituidas. En este sentido, la organización no se presentó como una estructura impuesta a la clase trabajadora, sino como la autoconstitución del sujeto obrero en tanto que poder político. Este proceso no constituyó un episodio aislado, sino que debe interpretarse como una manifestación local de un fenómeno europeo más amplio: el rechazo a la mediación burocrática del sindicalismo clásico en favor de formas de autoorganización asamblearias.

Las asambleas de fábrica y las CCRR dejaron de ser una herramienta estratégica para la consecución de objetivos laborales y se transformaron en el germen de un movimiento político de clase que aspiraba a ejercer el poder obrero de una forma horizontal. El desborde de las estructuras del Sindicato Vertical no respondió a una mejora salarial, sino a un conflicto por la soberanía popular, por ver quién, cómo y dónde se decidía. Fue una enmienda total a la incipiente reforma política.

Lo que Pannekoek llamó "organización social", y que la autonomía italiana desarrolló en la década de los 70, cobró vida en Vitoria cuando las asambleas de fábrica trascendieron sus muros para habitar el barrio. Lo que comenzó como una huelga derivó en un intento de organización de la vida cotidiana de la clase trabajadora. Vitoria fue el surgimiento de una concepción de clase que iba más allá de las fábricas al extenderse la lucha a los barrios y a las asambleas en las iglesias; la implicación de la clase trabajadora en toda su extensión (mujeres, estudiantes, vecinos, etc.) dio lugar a una concepción comunitaria de la lucha. Una comunidad que organizó el orden público de manera propia con piquetes, cajas de resistencia, acciones simbólicas, agitación y propaganda. Una comunidad trabajadora que tomó la ciudad a partir de pequeños consejos o soviets de fábrica, pero también de barrio.

Por lo tanto, lejos de ser una huelga fallida, fue la reaparición espontánea de la forma-consejo que desafió la lógica del pactismo y de la "paz social" que estaba por venir. Fue la expresión máxima de un movimiento estatal que buscó la ruptura con la representación sindical. El 3 de marzo no puede ser entendido solo como un acto represivo, fue un momento histórico clave para el devenir de la reforma política. Si bien aceleró la misma, con la posterior destitución del gobierno de Arias Navarro tras los sucesos de Montejurra, también marcó los límites de la representatividad laboral y política.

Queda preguntarse si, de no haber sido brutalmente reprimidos, estos consejos obreros de Vitoria hubieran podido sobrevivir al propio conflicto laboral. El rastro del "soviet de Vitoria", no obstante, se intuye como un espectro en las formas de los movimientos populares que surgieron posteriormente en la ciudad y en los que existen hoy en día.

BIBLIOGRAFÍA

Abásolo, J. A., *Vitoria 3 de marzo. Metamorfosis de una ciudad*, Diputación Foral de Álava, Vitoria-Gasteiz, 1987.

Arendt, H., *Sobre la revolución*, Alianza Editorial, 2004.

Azzellini, D. y Ness, I. (eds.), *Poder obrero. Autogestión y control obrero desde La Comuna hasta el presente*, La oveja roja, 2017.

Baby, S., *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, Akal, Madrid, 2021.

Canne Meijer, H., *Movimiento de los Consejos Obreros en Alemania (1917-1921)*, Zero, Bilbao, 1975.

Carnicero Herreros, C., *La ciudad donde nunca pasa nada. Vitoria, 3 de marzo de* 1976, Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia, Bilbao, 2007.

Colectivo de estudios por la autonomía obrera, *Luchas autónomas en la transición democrática*, Tomo I, Zero, Bilbao, 1977.

Domènech Sampere, X., "La otra cara del milagro español. Clase obrera y movimiento obrero en los años del desarrollismo", *Historia contemporánea*, n.º 26, 2003, pp. 91-112.

Dunayevskaya, R., James, C.L.R. y Stone, R., *The Invading Socialist Society*, Bedwick Editions, Detroit, 1947.

Echave Araquistain, T., *Vitoria 76*, Publicado por el autor, Berriz, 1977.

Estebaranz, J., "El ejemplo vitoriano de 1976", *Hordago*, 11 de marzo 2026, https://www.elsaltodiario.com/3-de-marzo-de-1976/ejemplo-vitoriano-1976

Estefanía, J., "Formas de organización obrera en Vitoria", *El Cárabo*, n.º 1, Julio-Agosto, Madrid, 1976.

Fontana, J. (ed.), *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2000.

– "El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma", *Historia Social*, n.º 42, 2022, pp. 123-144.

Lasheras, A., *Gasteiz, 3 de marzo de 1976. Un recuerdo 25 años después*, Arabera, Gasteiz, 2001.

Liebknecht, K., "¿Qué quiere la Liga Espartaquista?", *El Porteño*, 20 octubre 2017. https://marxists.architexturez.net/espanol/liebknecht/1918/00001.htm

López de Foronda, I., "1976ko neguko Gasteizko grebetako antolakuntza eta borroka moduak", *Arteka*, #69, 2026ko otsaila, Azpeitia. pp. 20-37.

López Petit, S., "Introducción" en Espai en Blanc (coord.), *Luchas autónomas en los años setenta*, Traficantes de sueños, Madrid, 2008.

López Simón, I., "Bego Oleaga: «En aquel invierno aprendimos que no hacía falta que viniera nadie a decidir por nosotras»", *Hordago*, 28 de febrero de 2026. https://www.elsaltodiario.com/3-de-marzo-de-1976/bego-oleaga-%C2%ABen-invierno-aprendimos-no-falta-viniera-nadie-dedicir-nosotras%C2%BB

Los Incontrolados, *Manuscrito encontrado en Vitoria*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2013.

Luxemburgo, R., "Asamblea nacional o gobierno de consejos", *Die Rote Fahne*, 17 de diciembre de 1918. https://marxists.architexturez.net/espanol/luxem/1918/12/17.htm

Martínez Larrea, J., "Democratización y concienciación en la huelga de Vitoria de 1976", *Gerónimo de Uztariz*, Nº. 35, 2019-2020, pp. 73-98.

– *Martxoak 3. Greba, sarraskia, memoria*, Txalaparta, Iruñea, 2026.

Pannekoek, A., *Escritos sobre los consejos obreros*, Zero, Bilbao, 1975.

Quintana, F. (coord.), *Asalto a la fábrica*, Alikornio, Barcelona, 2002.

Rivera Blanco, A., "Estatuari gerra! Autonomía obrera en el País Vasco" en Justo G. Beramendi et al. (coord.), *La nación omnipresente. Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Comares, Granada, 2020, pp. 326-343.

Rodríguez Lara, Z. (Coord.), *3M: Memoria: Las mujeres de Gasteiz en la matanza del 3 de marzo de 1976*, Intxorta 1937 kultur elkartea, 2018.

Rodríguez López, E., *Por qué fracasó la democracia en España. La transición y el régimen del 78*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015.

Ross, K., *La forma-comuna. La lucha como manera de habitar*, Virus, Barcelona, 2024.

Sturmthal, A., *Consejos obreros*, Fontanella, Barcelona, 1971.

Tarì, M., *Un comunismo más fuerte que la metrópoli. La autonomía italiana en la década de 1970*, Traficantes de sueños, Madrid, 2016.

Val del Olmo, J.A., *3 de marzo. Una lucha inacabada*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2004.

VVAA, *Vitoria. De la huelga a la matanza*, Ruedo Ibérico, 1976.

VVAA, *Textos situacionistas sobre los consejos obreros*, Campo Abierto, Madrid, 1977.

VVAA, *Todo el poder a la asamblea. Vitoria 3 de marzo de 1976*, Likinianoren altxorra, Bilbao, 2001.

VVAA, *Proletariado salvaje. Movimiento Asambleario y Autonomía Obrera*, Milvus, Alcoi, 2023.

VVAA, *M3. Borroka ez da eten. 1976-2026*, Gasteizko GKS, Gasteiz, 2026.

Wilhelmi, G., *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016.